

Amadísimos fieles

Como anunciáramos el domingo pasado por la lectura de la circular del Excmo. Sr. Obispo de Vitoria, hoy se va a celebrar el DIA DE LA INFANCIA DESVALIDA y con dicho motivo una colecta en favor de esos centenares de miles de niños hambrientos y abandonados de la desolada Europa secundando la invitación dirigida por su Santidad el Papa Pío XII en un mensaje que dirige recientemente a todos los Obispos y fieles de todo el mundo haciéndose cargo como Padre que es de la situación angustiosa, desesperada de todos esos niños sin pan, sin hogar y sin siquiera padre o madre que los ampara, pues que todo lo han perdido en esta terrible catástrofe. Son dignos de toda consideración por ser necesitados y por otra parte por ser ellos víctimas inocentes de esta cruel guerra.

Yo ya sé el comentario que suscitará en muchos esta nueva postulación, esta invitación a la caridad y a la generosidad para ir en socorro de esos niños extranjeros. Pero es que no tenemos acaso bastantes pobres y hasta muy pobres entre nosotros mismos... diré más de uno. Sin dejar de reconocer la nobleza y sinceridad que pudiera haber en esa exclamación yo a todos invitaría en este momento a una serena reflexión, yo a todos les rogaría que antes de negarse a atender a esta súplica por de pronto reflexionen un poco, pues la cosa merece que se la considere un poco antes de proceder a tomar una determinación. Allá en la edad media y en las tierras de Italia hubo un incendio, que devastó todo un pueblo y produjo numerosas víctimas. Los relatos de las escenas del incendio de Burgo se divulgaron rápidamente y hacían una honda impresión en todos los ánimos. Un gran artista, un genio, el insuperable y divino Rafael quiso expresar en un grandioso cuadro toda la tragedia de aquel impresionante incendio y efectivamente compuso un magnífico cuadro, de un realismo crudo y una viveza asombrosa. Pero en ese cuadro tan bien logrado hay una figura central que atrae irresistiblemente la atención sobre sí, una figura en la que van a posarse indefectiblemente las miradas de los observadores hasta de los más superficiales. Esa figura central está constituida por un hombre desnudo, que avanza resuelto por entre las llamas llevando a cuestas un pobre inválido. Magnífica imagen del lo que debe ser el ideal de vida en semejante trance. Un desnudo que socorre a un inválido. Después de este incendio que ha devastado los campos y ciudades de Europa, después de este incendio cuyos rescoldos humean todavía en las ruinas de Europa es necesario que el desnudo, el pobre, se incorpore para socorrer y ayudar al inválido, al más necesitado. Esta es la verdadera consigna de este momento, esto debe ser el ideal de vida que debe prender en todos los corazones bien nacidos en todos los hombres de buena voluntad y por eso en nuestro caso ni la pobreza ni la necesidad propia deben ser pretexto o motivo para excusarnos de acudir en socorro de los más necesitados, como no dejan de serlo indudablemente todos esos pobres niños sin pan, sin hogar y sin nadie que los acogiera más que el vicio o la maldad.

Cuorían los años 1868-69 y Francia y Alemania estaban también empeñadas en una terrible lucha. La defensa de Metz le había sido encomendada a un distinguido general general Bazaine, que mereció precisamente su ascenso a mariscal en la lucha de España contra los carlistas. Pero no supo defenderlo ni supo salvar su honor, pues capituló. Después del armisticio se le pidieron las cuentas y se le sometió a un consejo de guerra en el que trató de justificarse y defenderse como podía. Preguntado cómo había capitulado, contestó: qué iba a hacer, si no quedaba nada... Pero el Presidente del Consejo que era el Duque de Aumale, ni siquiera le dejó terminar la frase y le replicó con un severísimo acento... que no le quedaba nada? Le quedaba Francia.. y sin más se le condenó a muerte. En efecto, aun cuando no le hubieran quedado fuerzas a un mariscal de Francia le quedaba el honor de Francia, el honor que acaso le exigiera su sacrificio personal hasta en una lucha sin salida.

Le quedaba Francia, por la que no miró, cuyo honor no salvó...y por la que debía haber mirado y cuyo honor debía haber salvado. Magnífica lección para nosotros. También a nosotros se nos pedirá o se nos podrá pedir cuenta de lo que hemos hecho en una circunstancia como la presente. Acaso pensemos en justificarnos diciendo que no nos quedaba nada, que no teníamos nada...Pero esta excusa no vale en labios de unos cristianos. A quienes también se podrá contestar que nos quedaba la caridad, la virtud príncipe, la virtud cumbre y al mismo tiempo la virtud que debe ser nuestro distintivo, esa virtud que nos induce a compartir lo mucho o lo poco, lo que tengamos con nuestro prójimo, esa virtud que nos obliga hacernos cargo de sus penas y vergüenzas, a acercarnos a él cualquiera que sea. Es necesario, pues, que dejemos salvo dicha virtud, que hagamos honor a dicha virtud, es necesario que el mundo vea en nosotros esa caridad por la que se nos debe distinguir. Pero no ya los cristianos, sino ni siquiera algunos de los que se precian de ser hombres puede hoy excusarse diciendo que no le queda nada sólo a pena de que renuncie a sus sentimientos humanitarios y a su espíritu de solidaridad, sentimientos humanitarios y espíritu de solidaridad sin los cuales el hombre viene a caer en un nivel inferior a los mismos brutos; por eso en este momento nadie tiene excusa para rehuir la consigna del momento que como expresa aquel insigne pintor italiano es el de que el desnudo ayude al inválido. Así sea.